

ENSAYO

Pensar la naturaleza: la naturaleza para “nosotros” y para los “otros”

Regina Ricco*



Comunidad Nantip

Foto: Municipio de Orellana

La cultura es la primera construcción que orienta los procesos de adaptación del ser humano frente a su entorno, dotando de significado a los elementos de su medio ambiente¹. En sentido general, podemos comprender a la cultura como una creación simbólica específicamente humana, que permite trascender la herencia biológica.

El humano encuentra respuestas culturales a sus necesidades, a las contingencias del medio que se encuentran “culturalmente modeladas” (Guerrero Arias, 2002:46). Cada grupo construye, define y selecciona determinadas prácticas y representaciones sobre su

* Estudiante de la Maestría de Estudios Socioambientales, Flacso-Ecuador, regiricco@gmail.com

¹ Cada grupo resuelve tensiones medioambientales para garantizar su reproducción y permanencia (Guerrero Arias, 2002:40). Esto supone concebir a la cultura como un proceso adaptativo desencadenado por el conocimiento simbólico. Sin embargo, la visión adaptativa de la cultura supone ciertas restricciones. Las representaciones, interpretaciones y prácticas no siempre son adaptaciones. La cultura es arbitraria, de otro modo, el humano queda reducido a un animal instintivo, esclavo de las restricciones del medio ambiente. La concepción adaptativa nos limita para comprender prácticas que, por ejemplo, dañan el ecosistema, desde las prácticas “ecocidas capitalistas” hasta comportamientos depredatorios de diferentes pueblos indígenas.

Resumen

Mientras que la separación occidental naturaleza/cultura convierte a la primera en objeto de exploración al definirla negativamente como parte de la realidad que existe independientemente de lo humano, para otros pueblos supone un conjunto de interacciones donde el hombre es un elemento más.

pueblo, los demás y la realidad del mundo social y natural, estableciendo la frontera entre el propio ser y los otros. La cosmovisión de un pueblo supone la elaboración colectiva de representaciones e interpretaciones también sobre la naturaleza, esto determina prácticas sociales que regulan los comportamientos individuales y colectivos frente al entorno natural. La clasificación de plantas y animales es un aspecto más de la objetivación social de la naturaleza, proceso por el cual cada grupo elige ciertos elementos del ambiente y determina diferentes modos de relacionarse con él.

La frontera entre “naturaleza y cultura”, siempre ha sido objeto de reflexión. Este binomio fue abordado de diversas maneras a lo largo de la historia y ha sido mistificada en todas las culturas. La relación hombre y naturaleza expresa tensión, es una relación conflictiva que se resuelve por diferentes medios y construcciones, por ejemplo, el relato mítico (Eliade, 1999:33).

En la cosmología occidental la naturaleza es definida negativamente como esa parte ordenada de la realidad que existe independientemente de la acción humana. Muchos pueblos permanecen indiferentes a esta división, ya que atribuyen a las entidades que nosotros llamamos “naturales” ciertas características de la vida social, “animales, plantas (...) poseen un alma es decir una intencionalidad subjetiva, (...) muchos pueblos no se enfrentan necesariamente a la naturaleza” ni siquiera como algo diferenciado, sino como parte de ella: lo humano, la biodiversidad, los climas, lo espiritual y otros (Descola, 2001:30).

Esta oposición que define la cultura como todo lo que no es naturaleza siempre constituyó parte de las narrativas sobre la cultura en Ciencias Sociales, que, al igual que la naturaleza, se construyó en oposición a otros referentes, sobre todo desde el discurso científico. La distinción entre ciencias de la naturaleza y cultura, la división de método y objeto entre ciencias, es un proceso que se desarrolla desde el Siglo XIX y no ha dejado de profundizarse. Esta temática reaparece en la actualidad en la Antropología como preocupación central, esta disciplina ha hecho de esta frontera una parte constitutiva y central de sus preocupaciones. Según Descola, siempre se ha buscado privilegiar “una u otra vertiente de la oposición polar: o bien la naturaleza determinaba la cultura, o bien la cultura daba un sentido a la naturaleza” (Descola, 2001:29).

Para algunos académicos, las interacciones humanas con su medio “constituyen el fundamento de las prácticas sociales y la explicación de lo social” (Rival, 2004:97). Ingold (1993 en Rival, 2004: 97,99), por ejemplo, analiza las interacciones concretas donde lo humano y lo no humano, configuran “un único mundo

En la cosmología occidental la naturaleza es definida negativamente como esa parte ordenada de la realidad que existe independientemente de la acción humana... Pero para algunos académicos, las interacciones humanas con su medio “constituyen el fundamento de las prácticas sociales y la explicación de lo social”. Así, analizan las interacciones concretas donde lo humano y lo no humano, configuran “un único mundo social”.



social”. En tanto, Bloch (1992 en Rival, 2004: 97) menciona que los elementos naturales funcionan como metáfora de lo social. Estos trabajos académicos sostienen que en las sociedades cazadoras, recolectoras y horticultoras los elementos naturales y los humanos “constituyen un mismo ámbito social”. No obstante, la presencia o ausencia del “esquema dualista” es cuestionado desde las mismas filas de la Antropología, no solo para pensar nuestra sociedad sino “otras”. Descola menciona que estos sistemas no son hegemónicos; pero sí dominantes, aunque cada uno de ellos convive con la expresión discreta de los otros (Descola, 2001:49).

La idea de que en las sociedades tradicionales el ser humano se concibe como parte de la naturaleza y establece una relación armoniosa con ésta es puesta en jaque en innumerables casos donde por diferentes factores, por ejemplo la presión por recursos, contradice la imagen del “buen salvaje” amigable con su medio. Rival discute la “concepción dualista” y propone comenzar a pensar la naturaleza no como metáforas de las categorías sociales, ni ver

la acción y percepción de la relación humano - naturaleza como un “reflejo de la sociedad” (Rival, 2004:97). Ilustra esto cuando analiza la percepción del crecimiento en los Huaorani (ver recuadro).

Descola menciona cuatro grandes tipos de ontologías, “sistemas de propiedades de los seres existentes, que sirven de punto de anclaje a formas cosmológicas, modelos de vínculo social y teorías de la alteridad (...) que permitiría describir, clasificar y hacer inteligible las relaciones que los humanos mantienen entre ellos y con los no humanos” (Descola, 2001:35). Estos son: a) La concepción occidental de la naturaleza, la mirada “naturalista”, producto de varias tradiciones intelectuales que confluyen en la suposición de que la naturaleza existe independientemente del sujeto. El mundo de la naturaleza es diferente del mundo humano, el orden humano es todo lo que el orden material no es. En términos antropológicos podemos caracterizar a esta concepción como “antropocéntrica”. Al respecto, Descola menciona que “el naturalismo crea



ENSAYO

un dominio ontológico específico, un lugar de orden y necesidad donde nada ocurre sin razón o una causa ya sea originada en dios o inmanente en el tejido del mundo, (...) es nuestro propio modo de identificación y permea tanto nuestro sentido común como nuestra práctica científica” (Descola, 2001:109). b) La “visión animista” supone que la subjetividad de la naturaleza es igual a la humana, pero habita en una esfera propia de existencia. El hombre es un orden más en el universo, comparte el alma con otros órdenes, pero no la materia. Los elementos de la naturaleza tienen similares conflictos frente a los del ser humano. c) La “concepción totemista” señala que no existe división con la naturaleza, la cual es una esfera más del mundo social. Los hombres y mujeres se dividen en clanes que se identifican y comparten la identidad con el territorio, plantas, animales y otros elementos del orden natural. d) En la “concepción analógica” existe la idea del “alter ego” que habita en otro ser, que puede ser un animal, una planta, un sitio. Lo que supone conexiones con diferentes esferas de la realidad, diversos órdenes y mundos (entre ellos, el natural) que no se ven, pero que se manifiestan en la vida humana.

El modo en que los grupos humanos piensan esta relación es diverso y complejo, la forma en que se piensa y se vive la naturaleza sufre profundas transformaciones. Cultura y naturaleza son construcciones dinámicas expuestas a una realidad en cambio constante. Comprender cómo los grupos se relacionan simbólicamente y materialmente con su medio permite entender por qué en algunos casos se entienden a la tierra, los animales, las plantas y los hombres como parientes y, en otros, se piensa la naturaleza exclusivamente en términos de territorios y recursos al servicio del hombre.

Referencias bibliográficas

Descola Philippe (2001). *Antropología de la Naturaleza*. Lima: IFEA.

Eliade Mircea (1999). *Historia de las creencias y las ideas religiosas*. Madrid: Alianza Editorial.

Guerrero Arias (2002). *La cultura: estrategias conceptuales para entender la identidad, la diversidad, la alteridad y la diferencia*. Quito: Abya Yala.

Rival Laura, (2004). *El crecimiento de las familias y de los árboles: la percepción del bosque en los Huaorani, en Tierra Adentro, Territorio Indígena y Percepción del entorno*, Alexandre Surrallés y Pedro García Fierro, editores. Copyright: Los autores y Grupo Internacional sobre Asuntos Indígenas (IWGIA).

² Expresión que popularizó Bird-David, quien sostiene que los cazadores recolectores consideran a su medio ambiente como donante y su economía, basan su distribución y relaciones de propiedad en función del don (Rival, 2004:115).

Los Huarani y la energía vital

Los Huaorani tienen un extenso entendimiento del bosque húmedo, sobre “el comportamiento de los animales y la relación de interdependencia entre plantas, árboles, animales e insectos” (Rival, 2004:112) y otorgan particular atención a los procesos relacionados con el crecimiento, la maduración y la reproducción (Rival, 2004:100).

Explican este crecimiento asociando la energía vital a las “hojas y brotes y al proceso de envejecimiento, al marchitamiento de las plantas.” (Rival, 2004:102). Según Rival, entre los Huaorani no existe oposición entre espacios “domesticados” y “salvajes”, ni entre “los animales del bosque” y los “habitantes de la vivienda”, los animales no son domesticados sino “adoptados y, como tales, reciben el mismo trato que los miembros de la familia” (Rival, 2004:112). Esto a diferencia de otros grupos de la región que tienen una visión dual del mundo donde cultura y naturaleza se oponen, y transforman material y simbólicamente su medio, creando espacios domesticados: “huertos y vivienda” en oposición a los “espacios salvajes” (Rival, 2004:113).

Rival se refiere al chontaduro para explicar la dinámica social en relación con los huertos del bosque. El huerto de esta especie alimenta, atrae animales y permite la reproducción de diferentes especies, como los monos. “Esos huertos son la materialización del quehacer humano en el pasado (...). En la medida que su crecimiento y el de los grupos locales forman un proceso continuo e interconectado, la historia de los Huaorani y la historia natural del chontaduro coinciden” (Rival, 2004:114). El chontaduro, por ejemplo, es alimento de primer orden, un fruto que representa el vínculo entre generaciones, donde los antepasados abastecen con abundancia a los individuos actuales y, a través de éstos, a los futuros. El bosque se convierte así en “medio donante”²: los vivos disfrutaban de alimentos gracias a que las generaciones pasadas garantizaron estos productos para las generaciones futuras. El huerto de chontaduro es “signo material y concreto de la continuidad” (Rival, 2004:106). Los huertos recuerdan a los fallecidos, por lo general están ubicados alrededor de hogares que están abandonados hace bastante tiempo; por lo tanto, representan vestigios de que “los abuelos” vivieron allí (Ima, entrevista, 26 de marzo del 2010).